DIVERSOS EPISODIOS.

Se encontraba en la cantina «Monte-Carlo,» en el Puente del Rastro, un sastre como de 25 años de edad llamado Ignacio Trejo Servín.

Pocas horas antes de la inundación, á efecto del alcohol que tomó en exceso, uno de los dependientes lo llevó á dormir á uno de los gabinetes reservados.

Como los dependientes de la mencionada cantina huyeron cuando la corriente era ya poderosa y el peligro, por tanto, grande, no tuvieron tiempo de llevar consigo á Trejo, salvándose ellos en el Hotel de la Unión precipitadamente.

Cuando el agua descendió se encontró á Trejo en el mismo lugar en que se quedó dormido, ahogado, con las manos fuertemente agarradas á la pata de un banco que estaba cercano.

En una pastelería de las que anualmente se improvisan en los Garridos, cerca de la Presa de la Olla, se encontraban Bárbara Mejía (dueña del establecimiento) sus hijos Enedina Ramírez y Juan Mejía y los oficiales Juan Castillo y Daniel Moreno. Cuando el grupo se vió envuelto por el agua que abundante corría por la calle, Juan Mejía y Juan Moreno tomaron en hombros á las dos mujeres y el grupo se encontró bien pronto en salvo, en la esquina de la subida del Saucillo, altura bastante para sustraerlos á la acción de las aguas.

Los hombres, después de haber salvado las vidas, quisieron tambien poner en salvo algo de sus cortos intereses.

A través de la corriente volvieron al jacalón, pero en esos momentos una casa próxima se desplomó arrastrando consigo la pastelería, y los hombres, aturdidos por la caída fueron arrebatados por la corriente, entonces ya extraordinariamente poderosa.

Las mujeres, en salvo, desde la altura en que se encontraban refugiadas, vieron con desesperación que sus salvadores eran arrebatados por las olas sin que ningun auxilio humano pudiera evitarles la espantosa muerte.....

Semejantes á la anterior son dos escenas desarrolladas en el tristemente célebre barrio del Hinojo.

Francisco Pulido era vecino de ese lugar y uno de los afortunados que el día del desastre había logrado ceder al primer impulso y escapar.

Ya estaba seguro, pero se acordó que en su casa había dejado su sombrero olvidado y creyó factible ir á buscarlo y regresar al sitio en que se hallaba. Fué, efectivamente; logró entrar á su casa y quizá recoger el sombrero, pero no pudo volver al sitio de donde en mala hora salió, pues las aguas lo arrebataron.

Una anciana de nombre Micaela, que habitaba el mismo barrio, buscando un rebozo que no quería perder, desperdició un tiempo precioso que debiera haber empleado en escapar. No lo hizo así, y la casa se desplomó, aplastándola.

Su cadáver apareció bastantes días después del siniestro, en completo estado de putrefacción y fué quemado en el mismo sitio en que se le encontró.

Tomamos de un periódico local el siguiente episodio:

«Un alto empleado de una empresa impor-

tante que viajaba en uno de los tranvías que regresaban de la Presa de la Olla, haciendo alarde de sangre fría y sobre todo por la creencia general de que el agua no subiría á un nivel mayor que el de la inundación de 1873, no quiso bajar del coche: cara le costó su imprudencia, pues al poco tiempo el tranvía flotaba en la corriente: en esa situación desesperada el extranjero rompió uno de los cristales de las portezuelas y con dificultad subió al techo; desde allí se arrojó cuando el vehículo se acercó á la verja de San Diego y logró asirse á ésta y trepar hasta uno de los pilares en el que se encaramó y estuvo sentado en él largo tiempo.

Las voces de los empleados del Banco de Guanajuato, y sobre todo las racionales indicaciones del Sr. Alatorre, hicieron que desde el Teatro Juárez se le arrojara una de las cuerdas de los telones, la que previamente atada al fuste de una de las columnas del pórtico, y atada por él al barandal, permitió que un individuo abnegado pasara por ella y retornara salvando al que iba á ser una nueva víctima, ya que la verja del templo citado se desplomó en parte."

***

Hay en las casas de Guanajuato, generalmente ocupadas por tiendas y talleres, acceso-

rias que carecen de comunicación con el piso alto.

Casi todas fueron abandonadas por sus habitantes, prevenidos por la inundación del 30 de Junio. Los que no se resolvieron á huir ante el agua, abandonando sus intereses, sufrieron infinitas angustias por el extraordinario é inesperado nivel á que en el interior de las referidas accesorias, ascendieron las aguas.

Los obreros de la Imprenta de El «Barretero» de que ya hablamos, se salvaron mediante la horadación que se practicó en el techo.

En la tienda de abarrotes «La Barra de Santander,» en la plazuela del Baratillo, el Sr. Manuel Lomelín, su propietario y los dependientes, experimentaron terribles alternativas.

Cuando el agua penetró á regular altura, todos subieron al mostrador; el agua continuó ascendiendo, y al cubrirse éste, se subieron entonces á lo alto de las armazones. El agua subió más aún, y al cubrir las puertas, los aparadores, las ventanas que daban á un patio interior, la tienda quedó en tinieblas, y los que en ella se encontraban buscaron aisladamente su salvación, ignorantes de si aun existían sus compañeros.

Después supieron que el Sr. Lomelín se había salvado asido á la alcayata donde se colgaba el queso; los jóvenes dependientes, subidos

á las armazones tuvieron que meter la cabeza en el hueco de las vigas del techo, para lograr respiración, y para hacerlo, rompieron el cielo raso con cristales de botellas rotas.

Al descender el agua todos estaban pálidos y agobiados de cansancio; en lugar del aparador, que arrebató el agua, había una barrica llevada allí por la corriente; en el interior de la tienda se encontraban los cadáveres de un comprador y de una niña.

***

La esposa é hijo de D. Jerónimo Arellano, empleado de la Secretaría de Gobierno, se vieron también sitiados por las aguas en una casa del Puente de San Miguel.

Para salvarse de la muerte se subieron sobre los muebles flotantes, y allí se mantuvieron hasta que el agua bajó, en tanto que las paredes de la casa se desplomaban en parte y se hundían los pisos.

***

El Sr. Francisco Ibargüengoitia trabajaba en una habitación del piso bajo de la casa del Sr. Lic. Carlos Chico.

Se encontró encerrado y con el agua ascendiendo contínuamente.

Primero se subió á una silla, en seguida á un pesado escritorio, y cuando éste empezó á vacilar, se asió al marco interior de la ventana y allí se sostuvo hasta el descenso del agua.

Al principiar éste, los Sres. Fernando Espinosa y Clemente Vigil rompieron los hierros de la ventana y por allí extrajeron al Sr. Ibargüengoitia, conduciéndolo á la plazuela de Mejiamora.

El Sr. D. Pedro de la Fuente, en su librería de la calle de la Cruz Verde, tuvo que subir á la parte más alta del armazón, y allí, acompañado de su dependiente, esperó en la obscuridad y con la cabeza rozando con el techo, el último momento.

Creyendo firmemente ser llegado éste, lo esperó rezando y con bastante tranquilidad.

El agua no llegó al techo, aunque faltó poco, y el Sr. de la Fuente se salvó.

Una americana que se encontraba en la «Ciudad de México,» tienda que perdió una muy fuerte suma, se resistió á salir, y en lo más alto del armazón se escapó también de la muerte. Como el agua llegara ya al sitio en que se encontraba, se desnudó para arrojarse é intentar el último recurso saliendo á nado.

No hubo necesidad; pues el agua empezó á descender.

***

La esquina del Teatro Principal estaba ocupada por un edificio de tres pisos en el cual vivía el Sr. Ingeniero Manuel Chico con su familia. Expuesto directamente al choque de la corriente y mal construido, el edificio cedió, encontrándose la familia en gravísimo peligro.

El edificio en cuestión al día siguiente se desplomó en parte, y el resto fué derrumbado por el Batallón de Zapadores.

El Sr. Leandro Espinosa, encargado del mencionado Teatro Principal, practicó una horadación en el techo de éste y por allí pudo salir á izar con cuerdas á la familia Chico, poniéndola en salvo, después de una peligrosa travesía por varias azoteas vecinas.

El mismo Sr. Espinosa, ayudado de otras personas, salvó á los panaderos del «Pavo» y algunas gentes más.

***

El Vice-Cónsul de Estados Unidos, Mr. Furness y sus empleados, en los momentos de la inundación, se subieron á la azotea de la casa que en el jardín de la Unión ocupan las oficinas de su negociación.

Todos estaban en la esquina de la azotea que da al Jardín de la Unión, esquina que fué azotada rudamente por la fuerza de dos poderosas corrientes. Los muros empezaron á hundirse y de un momento á otro iba á sobrevenir el desplome.

El Sr. Furness y sus compañeros, ignorantes del inminente peligro que corrían, siguieron en la parte amenazada, hasta que advirtieron la gravedad de la situación por las repetidas señales que les hacían los empleados del Banco de Guanajuato.

Se retiraron del punto amenazado, y momentos después se desplomó toda esa parte del edificio.

***

A la entrada del Puente del Hinojo vivía una anciana llamada Anastasia Soto, que ocupaba una casa de bajos.

Desde algún tiempo antes padecía una enfermedad que la tenía en cama, y la asistían otras dos mujeres también de edad avanzada.

Cuando la ola rebosó el río en esa parte de la ciudad, con la violencia de que hemos hecho mérito, las señoras huyeron al piso alto, abandonando á la pobre anciana enferma.

Por la ventana penetró el agua, y á pesar de su estado de debilidad, la anciana dejó el lecho y se acercó á ella pidiendo auxilio.

Sus gritos se oyeron durante algunos momentos, pero el agua, al cubrir la ventana los extinguió.

Al día siguiente aún podía verse el cadáver tendido de espaldas en el cuarto, con los piés sobre la ventana, á donde en vano intentó llegar. Bien pudieron sus compañeras llevarla consigo al huir, pero el pánico se los impidió.

Es satisfactorio consignar que estos casos de feroz egoismo ante el peligro fueron muy raros, siendo por el contrario, muy numerosos los de abnegación y heroismo, algunos de los cuales ya hemos narrado.

***

Un periódico contó el siguiente caso:

«Al derrumbarse una casa del mismo barrio toda una familia quedó sepultada debajo de los escombros; los vecinos, asombrados, vieron salir á una niña de entre dichos escombros y ayudaron á las demás personas á salir del hueco que dejó el techo al caer. Una de las personas de esta desdichada familia estaba enferma de tifo, y ella y su madre que enfermó por la terrible conmoción sufrida, murieron en el Hospital.»

En la misma hoja se consignaba este otro sucedido:

«Del taller de Modas de la Sra. Elena Mosqueda, fué arrebatada por las aguas una de las oficialas; su hija la tenía por muerta cuando al día siguiente recibió un urgente recado de la Señora, en que le pedía ropa, pues la corriente que la condujo hasta Cajones la había desnudado por completo. Se salvó, probablemente, asiéndose á algunos objetos de los que arrastraba la creciente.»

Respecto á la familia *milagrosamente* salvada no tenemos datos ciertos que nos permitan confirmar ó negar la veracidad del anécdota, pero sí los poseemos respecto á la oficiala conducida *incólume* por las aguas en un espacio de varios kilómetros, lleno de puentes, baches y recodos, donde las aguas se estrellaban con terrible furia.

No es exacto, porque en el taller de Modas de Doña Elena Mosqueda no había una sola persona el 1º de Julio: dicho taller fué destruido por las aguas del día anterior y abandonado por las oficialas, de modo que el día de la catástrofe estaba vacío de muebles y personas. Era imposible que una persona arrebatada por las aguas, pudiera sobrevivir al terrible viaje; el caso de mayor resistencia que conocemos es el del cajista Joaquín Díaz, hábil nadador, que logró llegar vivo á Barrera; punto mucho menos lejano que Cajones, y su cadaver herido y

Esquina del Consulado Americano.

Calle de Cantarranas.—Salvando Muebles.

mutilado atestigua los choques terribles que sufrió en el trayecto.

Como esta maravillosa versión circularon muchas otras que luego fueron desmentidas.

*
* *

Los caballos de tiro pertenecientes al Ingeniero Joaquín Parres, al sentirse envueltos por el agua, con un instinto notable se subieron al pesebre y lograron escapar.

Este hecho es verídico. pues el agua subió en las cocheras á un nivel superior á la altura de las bestias y cuando el agua bajó, varias personas pudieron ver á los caballos aún subidos en los pesebres.

*
* *

En las agencias mineras americanas del Jardín de la Unión se encontraban varios ciudadanos norteamericanos, que al ver el agua penetrar en las oficinas, al principio no se salieron creyendo no tomaría la inundación mayores proporciones.

Cuando hubo un verdadero peligro, salieron á nado al Casino Guanajuatense, á riesgo de ser arrebatados por la corriente de la calle.

El Señor Profesor Don Elías Villafuerte, que se encontraba en una de las referidas oficinas,

no pudo salir y para salvarlo fué preciso romper los hierros de una claraboya y extraerlo por ella.

El jóven Carlos López, empleado de la casa Mc-Elhiney, tuvo necesidad de subirse á la caja de hierro hasta que fué trabajosamente salvado.

LA LISTA DE LOS MUERTOS.

La mayor parte de los cadáveres pudieron ser encontrados en los dos días siguientes al suceso.

Muy pocos en las calles, algunos en el lecho del río y la mayor parte bajo los escombros de las casas, especialmente en el barrio del Hinojo.

Durante todo el día del domingo (2 de Julio) recorrieron la ciudad los fúnebres cortejos.

Los cadáveres eran llevados en improvisadas parihuelas y tras ellos marchaban los deudos llorando desconsoladamente.

En el Hospital de Belem el anfiteatro y el depósito de cadáveres fueron insuficientes para contener la afluencia y en los corredores se veían las filas de cuerpos expuestos al público, para su identificación.

La lista sacada del libro de defunciones del Registro Civil, es como sigue: